



Bertha, el petróleo y el Ishpingo:

Un relato de transformación en la

Amazonia ecuatoriana¹



(autoras)

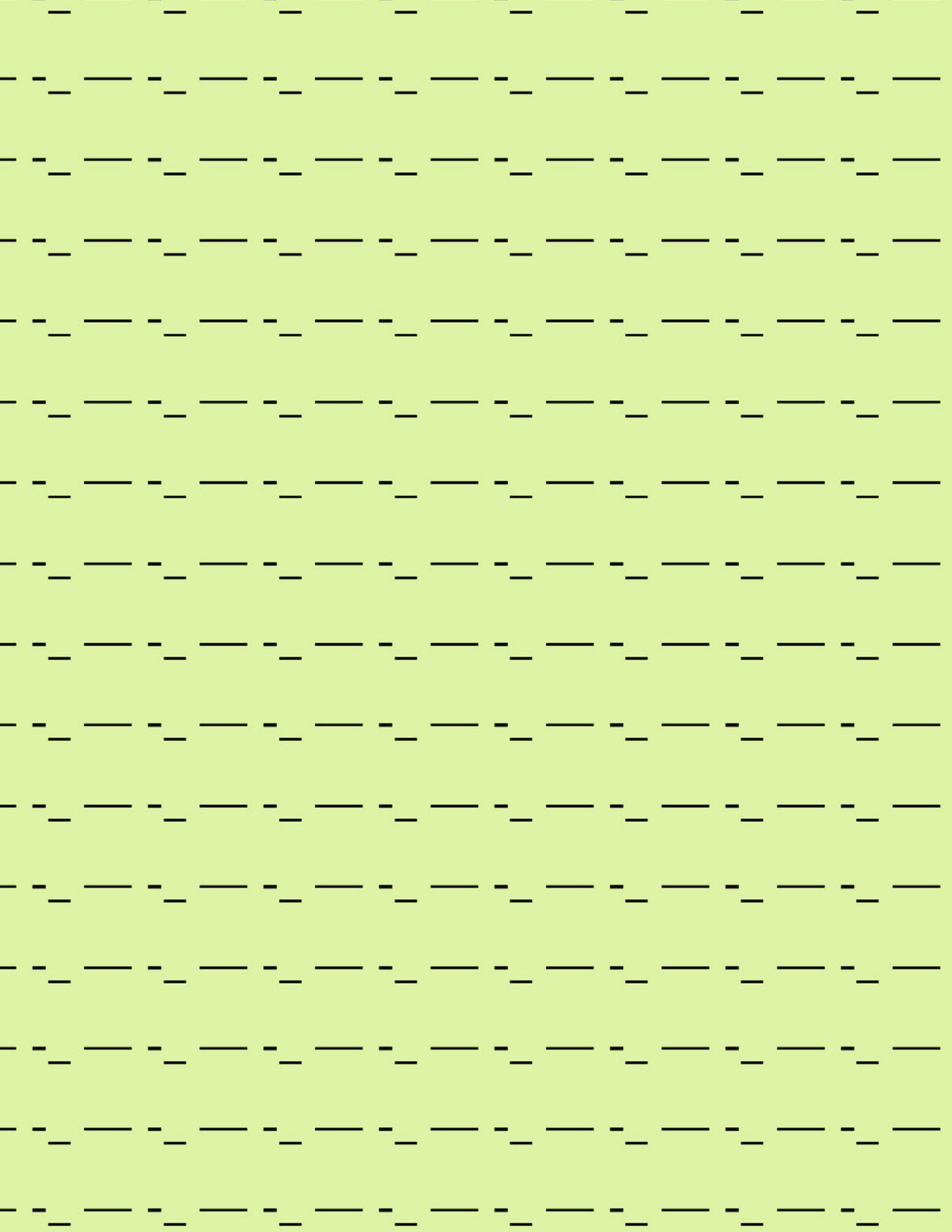
Bertha Mishell Ponce Perea

Líder comunitaria en la provincia de Orellana de la Amazonia ecuatoriana, bio-empresadora y embajadora de deporte de Latinoamérica.

Andrea Cagua Martínez

Historiadora, investigadora y guionista de cómics y colaboradora científica en educación histórico política del Instituto Colombo-Alemán para la Paz – CAPAZ.

¹ Este texto surge de una conversación entre Bertha Ponce y Andrea Cagua después de su encuentro en la Escuela de Verano en Quito.



Es la historia de cómo el emprendimiento familiar, la organización comunitaria y la búsqueda de justicia pueden converger en un proyecto de vida que desafía las lógicas extractivas dominantes.

En las primeras horas del amanecer, el Valle de los Aucas despierta con un concierto natural que Bertha Ponce ha aprendido a descifrar como una partitura de paz y resistencia. No son los rugidos de la maquinaria petrolera ni del tráfico urbano los que marcan el ritmo de su día, sino el canto de las aves que han regresado a anidar en los árboles de canela amazónica que ella y su familia han sembrado donde antes solo había pastizales.

Este es el relato de una mujer que a los 29 años ha logrado tejer una narrativa alternativa en uno de los territorios más complejos del Ecuador contemporáneo: la provincia de Orellana, corazón de la extracción petrolera nacional y, paradójicamente, una de las regiones más abandonadas por el Estado. Es la historia de cómo el emprendimiento familiar, la organización comunitaria y la búsqueda de justicia pueden converger en un proyecto de vida que desafía las lógicas extractivas dominantes.



Esta reflexión se produce en el contexto de una región donde la dependencia del petróleo había configurado no solo la economía, sino también los horizontes de expectativas de sus habitantes...

Bertha nació el 7 de enero de 1996 en Santo Domingo, una ciudad ecuatoriana de clima templado que oscila entre costa y sierra. Su infancia estuvo marcada por una constelación familiar particular: criada por su abuela, con una madre que vivía en otra ciudad y un padre presente pero desempleado, la economía del hogar dependía del salario de un tío que trabajaba en Petroecuador, la empresa petrolera estatal. Su familia, como tantas otras en la región, dependía de la explotación petrolera.

Desde temprana edad, Bertha mostró una inclinación natural hacia el emprendimiento que se manifestaba en formas creativas y audaces para una niña. Vendía sus dibujos a las compañeras de clase, organizaba espectáculos en el recreo cobrando entrada, y descubrió el arbitraje comercial cuando encontró una tienda que vendía productos a 50 centavos que ella podía revender con ganancia. Desde pequeña empezó a proyectar su autonomía económica.

A los 17 años, recién graduada del colegio en contabilidad, Bertha enfrentó su primera gran decisión migratoria. Sin recursos para la universidad y con pocas opciones laborales en Santo Domingo, aceptó la propuesta de una tía de trasladarse a Lago Agrio, en la provincia de Sucumbíos, parte de la Amazonía ecuatoriana, para trabajar como asistente contable en una distribuidora de embutidos.

Lo que debía ser un trabajo temporal de tres meses se extendió por tres años. Bertha llevaba la contabilidad de la empresa mientras observaba a su tía, quien ya acumulaba 13 años en el mismo puesto. Fue en ese momento de contemplación cuando cayó en cuenta de que ella quería hacer otro camino, uno que la llevara a la universidad.

Esta reflexión se produce en el contexto de una región donde la dependencia del petróleo había configurado no solo la economía, sino también los horizontes de expectativas de sus habitantes. El sistema educativo universitario ecuatoriano, basado en puntajes

de exámenes de admisión, representaba otro obstáculo estructural. El puntaje que Bertha obtuvo le alcanzó para entrar en la carrera de Turismo en una universidad a dos horas de distancia de su lugar de residencia. La decisión de aceptar esta asignación y mudarse nuevamente, esta vez a El Coca, en la provincia de Orellana, marcaría el inicio de la etapa más transformadora de su vida.

El Coca, oficialmente Francisco de Orellana, es una ciudad que encarna las contradicciones del modelo extractivo ecuatoriano. Capital de una provincia que genera millones de dólares diarios en extracción petrolera, carece de universidad propia y sus habitantes enfrentan costos de vida que duplican los del resto del país. “Un aguacate aquí vale un dólar. En la sierra lo encuentras a 50 centavos”, ejemplifica Bertha para explicar la distorsión económica que caracteriza a estos territorios.

La organización territorial de la región se estructura en torno a los “bloques petroleros”, extensiones de tierra identificadas con números y nombres que pueden generar hasta un millón de dólares diarios en extracción. El bloque Auca, el bloque Esmeralda, el bloque Sucumbíos configuran no solo la geografía económica, sino también la identidad espacial de las comunidades. Los habitantes





se ubican en relación a estos bloques, desarrollando una forma particular de territorialidad que combina la pertenencia comunitaria con la dependencia económica de la industria extractiva.

En este contexto, Bertha conoció a quien se convertiría en su esposo y socio empresarial. Al año de relación se casaron y juntos montaron una pequeña empresa de servicios de construcciones civiles y remediaciones petroleras. En ese momento parecía que seguirían el destino típico de la región: vivir también del petróleo. Durante cuatro años, la pareja logró estabilidad económica trabajando como contratistas para las empresas del sector, pero esta prosperidad tenía un costo emocional y familiar alto: “No tuvimos estabilidad emocional o familiar. Mi esposo amanecía y anocheía en la empresa, yo en la universidad, llevaba la administración de la empresa que teníamos... pero casi no nos mirábamos, no compartíamos”.



La llegada de la pandemia de COVID-19 en 2020 coincidió con una decisión que cambiaría radicalmente la trayectoria de la familia de Bertha. Habían adquirido una finca de 20 hectáreas ubicada a 80 kilómetros de El Coca, cerca del Parque Nacional Yasuní, una de las reservas de biosfera más importantes del planeta según la UNESCO. Lo que inicialmente planearon como una estadía temporal de dos meses para esperar que pasara lo peor de la pandemia, se transformó en una decisión de vida que perdura hasta hoy.

La finca estaba ubicada en un ecosistema de excepcional biodiversidad, a solo 9 kilómetros de la zona de amortiguamiento del Parque Nacional Yasuní. Yasuní ha sido un caso emblemático en la defensa del medio ambiente por la consulta que, con el 60% de los votos, dio un mandato popular para dejar el crudo en el subsuelo y defender la vida. Bertha y su familia llegaron a esta región y la naturaleza se hizo un lugar en sus vidas. “A la finca llegan los monos, los animales, los tapires, las aves... Es un lugar muy lindo. Llegan los tucanes”, describe Bertha sobre la riqueza natural que se convertiría en el fundamento de su nuevo proyecto de vida.

El cambio no fue solo geográfico, sino conceptual. La familia comenzó a experimentar lo que Bertha describe como “ese cambio total que hubo en nosotros, no solo económico, sino en sentir esa paz en la naturaleza”. Los despertares matutinos ya no estaban marcados por el ruido urbano del carro del gas o la basura, sino por las aves y, en las noches, por las ranitas que “hacen un concierto nocturno... un millar de sonidos que están ahí”.

En la finca había una hectárea de cacao CCN-51, una variedad que, aunque productiva, carece del aroma distintivo del cacao nacional ecuatoriano. Fue durante su último semestre universitario, en una materia de diseño empresarial, cuando Bertha tuvo la inspiración que cambiaría no solo su futuro económico, sino su comprensión del potencial de la biodiversidad amazónica.

Un año antes de mudarse a la finca, habían conocido a una persona que les había introducido al ishpingo (*Ocotea quixos*), el árbol de la canela amazónica. Esta especie endémica de la Amazonía ecua-

toriana es reconocida por sus propiedades medicinales: regulación de la glucosa, reducción de la hipertensión, el estrés, la ansiedad y el insomnio. Bertha decidió experimentar combinando su cacao con el ishpingo, creando un chocolate que rápidamente demostró su potencial comercial: “¡Y quedó buenísimo! Mil barras de chocolate se vendieron en 15 días”.

Pero la verdadera transformación vino cuando un compañero universitario la animó a inscribirse en una competencia nacional de emprendimiento. La reacción inicial de Bertha fue de escepticismo, convencida de que un premio como el prometido no podía ser real, especialmente en una región que no ofrece muchas opciones de vida. Sin embargo, la idea persistió en su mente hasta que decidió participar.

La competencia nacional reunía a 150 emprendedores, de los cuales solo 10 pasarían a semifinales. Bertha no solo clasificó, sino que enfrentó uno de sus mayores desafíos personales: el pánico escénico severo. “En la semifinal a nivel nacional me di cuenta de que tenía pánico escénico severo. No podía hablar en público”, recuerda. La experiencia fue tan intensa que “me encerré en el cuarto a llorar, como si se hubiera muerto alguien. No comía, sentía que me iba a dar un ataque”.

Sin embargo, fue precisamente su historia personal la que resonó con el jurado compuesto por empresarios de nivel internacional. “¿Quién deja una estabilidad económica que depende del petróleo para irse a una finca, a 80 km de la ciudad, y dedicarse a algo más sostenible?”, era la pregunta que rondaba al jurado, reconociendo en su trayectoria una narrativa de transición hacia la sostenibilidad que trascendía lo meramente comercial. Bertha no solo superó su temor a hablar en público, también ganó la competencia. Esta nueva versión de sí misma la llevó a representar a Ecuador en el Global Student Entrepreneur Awards (GSEA), compitiendo con 60 países y presentando su proyecto... ahora, en inglés.

Bertha y su familia desarrollaron un sistema integral de aprovechamiento de la canela amazónica que incluye múltiples productos y procesos.

El éxito del chocolate con ishpingo fue solo el comienzo de un proyecto más ambicioso. Bertha y su familia desarrollaron un sistema integral de aprovechamiento de la canela amazónica que incluye múltiples productos y procesos. Utilizando equipos de destilación de vidrio de borosilicato, extraen aceite esencial de las hojas del árbol, proceso que también genera hidrolato, un agua con propiedades bactericidas que los agricultores locales utilizan como fumigante orgánico y desinfectante. “Las hojas secas para hacer compost; el aceite se utiliza, y el agua también. Todo se utiliza”, explica Bertha, describiendo un modelo de economía circular que maximiza el aprovechamiento de cada componente de la planta. Esta filosofía de aprovechamiento integral se extendió a una línea de productos cosméticos que incluye champú, acondicionador, jabón líquido y en barra, todos elaborados con aceites esenciales extraídos en su laboratorio artesanal.

Paradójicamente, el modelo de la canela amazónica de Bertha fue bien recibido por el superintendente de Petroecuador. Esto no fue tanto un acto de altruismo como un crudo reconocimiento de la realidad: solo quedan 15 años de extracción petrolera en ese bloque. Después, las empresas se van a retirar y todo quedará abandonado y explotado. La pregunta crucial frente a este panorama es “¿qué va a pasar cuando termine el petróleo? ¿Qué va a pasar con la época postpetróleo?”. De ahí que ella decidiera hacer una propuesta para una iniciativa en clave de transición post-extractivista.

La respuesta fue el proyecto “100.000 árboles por Orellana”, inspirado en iniciativas globales de reforestación, pero adaptado a las condiciones específicas del territorio. El modelo es relativamente simple pero efectivo: empresas o individuos donan dinero para comprar arbolitos de canela amazónica que se entregan gratuitamente a familias de la comunidad. Bertha y su equipo se encargan de la siembra, el monitoreo del crecimiento y, posteriormente, la compra de las hojas a precios justos.

Una de las ironías más significativas de la historia de Bertha es que su proyecto de transición hacia la sostenibilidad recibió el apoyo más importante precisamente de la industria petrolera que busca reemplazar. Petroecuador invirtió 140.000 dólares en la construcción del primer laboratorio de extracción de aceites

esenciales de la provincia y la importación de maquinaria desde Argentina.

“Para nosotros fue como un milagro”, recuerda Bertha sobre esta inversión. Esta paradoja ilustra una de las complejidades del proceso de transición energética en territorios extractivos: frente a un Estado que no se abandera por energías alternativas, las mismas empresas que han configurado la dependencia económica pueden convertirse en aliadas estratégicas para financiar alternativas sostenibles.

Además de las necesidades de opciones de vida que apostaran por la sostenibilidad, la integración de Bertha a la comunidad Valle de los Aucas le permitió observar de primera mano las dinámicas sociales y las carencias institucionales que caracterizan estos territorios. La impunidad está a la orden del día y los proyectos de vida pueden verse truncados fácilmente.

Además de las necesidades de opciones de vida que apostaran por la sostenibilidad, la integración de Bertha a la comunidad Valle de los Aucas le permitió observar de primera mano las dinámicas sociales y las carencias institucionales que caracterizan estos territorios. La impunidad está a la orden del día y los proyectos de vida pueden verse truncados fácilmente.

La falta de justicia ha impactado profundamente a Bertha, quien intenta explicar la magnitud del problema compartiendo sus experiencias más dolorosas. El caso que más la afectó fue el asesinato de una madre y su hija de seis años: “Las mata: mata a la mamá y mata a la niña de seis añitos. La niña jugaba con mi hija, y para mí fue muy doloroso. Ver que eso quedó en la impunidad, que no metieron preso al joven... era menor de edad, no hubo pruebas”.

El caso ilustra múltiples dimensiones del problema de justicia en el territorio. Por un lado, la ausencia de instituciones estatales capaces de investigar y procesar los crímenes. Por otro, la normalización de la violencia por parte de la comunidad: “había una vecina que escuchaba los gritos y dijo: ‘Ah, el marido le está pegando.’ Pero no les importa. O sea, allá, que les maten o lo que sea, a nadie le importa nada”.

Esta normalización se extiende también a las víctimas. “Muchas personas ni siquiera saben que pueden denunciar, que sí hay violencia psicológica, física, sexual, económica... los cinco tipos de violencia, o los que sean. No saben”, explica Bertha, identificando un problema que trasciende la ausencia institucional para incluir la falta de información y conciencia sobre derechos básicos.

“empecé a no hacer lo que me dijeron en el escritorio, sino a ver cómo eran ellos, cómo hablaban, cómo se miraban, cómo se movían. Me metí en su entorno”.

Fue en este contexto de desesperanza donde Bertha encontró otra vocación transformadora. Como una vida paralela a la empresaria, comenzó a trabajar en deporte con principios, lo cual le permitió acercarse a la gente, especialmente a los más pequeños. La experiencia trabajando con la Fundación de las Américas (Fudela) y posteriormente con GIZ, le permitió desarrollar una metodología de intervención social basada en el deporte que contrasta notoriamente con los enfoques tradicionales de desarrollo comunitario de la región.

“En escritorio dicen: ‘Quiero 40, 50, 60 niños.’ Y te dicen lo que tienes que enseñar, que ellos van a responder. Pero en territorio no. En territorio te van tres niños, y de esos, uno te habla. Los otros no les importa”, explica Bertha, cuestionando la brecha entre la planificación burocrática y la realidad territorial.

Su metodología se basa en la observación participante y la adaptación cultural: “empecé a no hacer lo que me dijeron en el escritorio, sino a ver cómo eran ellos, cómo hablaban, cómo se miraban, cómo se movían. Me metí en su entorno”. Esta aproximación etnográfica le permitió identificar las verdaderas necesidades y aspiraciones de los niños, niñas y jóvenes con quienes trabajaba.

Uno de los hallazgos más impactantes de Bertha fue descubrir las aspiraciones iniciales de los niños con quienes trabajaba: “¿Y qué querían ser? Todos querían ser choros. ‘Yo quiero ser choro’, decían. Es decir, ladrón. Dos o tres querían ser militares o policías, pero lo asociaban con tener un arma”.



Esta realidad la llevó a replantear completamente su estrategia pedagógica. En lugar de seguir un currículum predefinido, desarrolló una metodología que combina deporte con principios éticos: “les estoy enseñando fútbol, básquet, pero al mismo tiempo les enseño un principio: confianza, disciplina, respeto, tolerancia, juego limpio, justicia”.

Los resultados de esta intervención fueron evidentes al final de los seis meses: “yo les volví a preguntar: ‘¿Qué quieren ser?’ Se me salían las lágrimas. Tanto así que una niña me dijo: ‘Yo quiero ser como tú, yo quiero ser entrenadora, entrenadora de deportes porque tú enseñas deportes con principios.’ Otra niña dijo: ‘Yo quiero ser doctora’, otro: ‘bombero’”.

Cuando cae la noche en Valle de los Aucas y las últimas luces de las torres petroleras se apagan en el horizonte, Bertha escucha el concierto nocturno de las ranitas. **Cada sonido del bosque regenerado representa una pequeña victoria contra la lógica extractiva que durante décadas ha configurado los destinos de la Amazonía ecuatoriana.**

La historia de Bertha Ponce no es solo el relato individual de una mujer emprendedora que logró transformar su vida familiar y construir un negocio exitoso. Es, más profundamente, la narrativa de cómo es posible construir alternativas concretas al modelo extractivo desde el territorio, integrando sostenibilidad ambiental, viabilidad económica y transformación social en un proyecto coherente de futuro. También es la narrativa de las tensiones y contradicciones de una sociedad que carece de un Estado que apoye la pequeña empresa y la transición energética.

La experiencia de Bertha Ponce demuestra que la transformación es posible, pero también revela sus límites cuando depende únicamente de iniciativas individuales. Su éxito no puede ocultar el fracaso sistémico que lo hace excepcional. Por cada Bertha que logra crear alternativas, hay cientos de mujeres atrapadas en ciclos de violencia, miles de jóvenes sin horizontes, comunidades enteras condenadas al abandono cuando se agotan los pozos.

La justicia ambiental y la justicia social son inseparables en la Amazonía. No se puede conservar el bosque mientras se destruye el tejido social de quienes lo habitan. No se puede hablar de desarrollo sostenible mientras las mujeres no tienen voz y los niños no tienen futuro. No se puede celebrar la riqueza petrolera mientras las comunidades que la producen carecen de servicios básicos.

El concierto nocturno de las ranitas no es solo una metáfora, sino un indicador ecológico concreto de la regeneración en curso. Cada noche, ese millar de sonidos anuncia que otros futuros son posibles en la Amazonía ecuatoriana, futuros donde el petróleo no sea el único horizonte de expectativas para las comunidades locales.



Visita Finca Canela



